

# CONTACTOS CON ALIENÍGENAS

## Varios Autores

© 1982 Ediciones Dronte  
para Ediciones Nueva Dimensión S.A.  
Merced 4 - Barcelona  
ISBN: 84-366-0061-4  
Edición digital: Urijenny  
Revisión: Lety

### ÍNDICE

Introducción: **Contactos con alienígenas**, Domingo Santos.  
**El asunto de Jarnos** (*The Jarnos Affair* ©1960) Ian Wright.  
**El jardín en el bosque** (*The Garden in the Forest* ©1953) Robert F. Young.  
**Cuestión de costumbres** (*A Thing of Custom* ©1957) L. Sprague de Camp.  
**Equipo invencible** (*In Case of Fire* ©1960) Randall Garrett.  
**Proceso** (*Process* ©1950) A. E. van Vogt.

### INTRODUCCIÓN: CONTACTOS CON ALIENÍGENAS

*En el actual estado de nuestro conocimiento del cosmos, muy poca gente duda ya de la posibilidad de que existan otros mundos habitados. Aunque las sondas espaciales lanzadas hasta hoy dentro de nuestro sistema solar han matado los antiguos sueños utópicos de hallar criaturas inteligentes en Marte y Venus, nuestros vecinos más cercanos, el universo es inconmensurable. Se calcula que solo en nuestra galaxia hay cien mil millones de estrellas, y el número de otras galaxias es incontable, puesto que constantemente se descubren otras nuevas, y aún no hemos llegado al fondo, a la piel de nuestro universo. Se ha demostrado que muchas de las estrellas de nuestra propia galaxia poseen planetas que orbitan a su alrededor. Sabiendo que la vida se asienta allá donde tiene la menor posibilidad de desarrollarse, aplicando tan solo la ley de probabilidades es fácil deducir que deben ser cientos, miles, millones quizá, los planetas que albergan vida en el universo, quizá vida inteligente...*

*Y ustedes se preguntarán: ¿Cómo es que, si existe tanta vida en el cosmos, aún no la hemos descubierto? Naturalmente las distancias estelares son enormes, los tiempos necesarios para franquear esos grandes abismos de nada cósmica inconmensurables, y las posibilidades pocas. Al igual que, en los tiempos antiguos, los europeos desconocían la existencia de otro continente habitado llamado América, y que de hecho muchos hombres vivían y morían sin llegar a saber que, mucho más allá de las montañas de su valle particular, había otros seres viviendo los mismos anhelos que ellos, igualmente el hombre de hoy mira al cielo y se pregunta dónde estarán los hermanos estelares, y no puede responderse.*

*Aún.*

*Porque, al igual que llegó un momento en que el hombre tomó su caballo y atravesó las montañas, o construyó barcos y fue a otras orillas lejanas, llegará también un día en el que, sin lugar a dudas, el hombre construirá otras naves para cruzar el espacio y llegar a otros soles, y descubrirá allí otras humanidades con las que relacionarse.*

*Esto por supuesto pertenece aún, hoy por hoy, al reino de la utopía. Pero al hombre siempre le ha gustado soñar, y su imaginación no tiene fronteras. Aunque no sepamos todavía donde están nuestros hermanos estelares, sí podemos imaginarlos...*

*Esto es, entre otras cosas, lo que hace la ciencia ficción. Desde los antiguos autores: Fontenelle, Voltaire, Cyrano, hasta los últimos éxitos del space-opera, los seres extraterrestres han ocupado la imaginación de gran número de escritores. A veces somos nosotros quienes acudimos a sus reinos particulares; a veces son ellos quienes vienen a nuestro mundo para saludarnos... o para invadirnos. Pero siempre, cuando se produce el primer contacto, hay conflicto.*

*Conflicto que puede ser puramente biológico, o de comunicación, o político, o violento incluso. Los alienígenas —palabra adoptada ya mundialmente, en contraposición a indígenas— pueden venir pacíficamente y no ser comprendidos por la humanidad, como en la célebre película «Ultimátum a la Tierra» o más frecuentemente acudir con ansias de conquista, como en «La Guerra de los mundos» de Wells. De hecho, durante los años cincuenta, en la época del gran esplendor de la ciencia ficción norteamericana, proliferó con gran abundancia el relato, la novela, de horrendas invasiones extraterrestres, proliferación debida sin duda a la psicosis de guerra fría que vivían los Estados Unidos y al temor de una invasión comunista. Posteriormente, el relajamiento de las tensiones hizo que los extraterrestres que acudían a nuestro planeta fueran más bondadosos, más sociables, no acudieran a invadir nuestro mundo sino más simplemente a contactar, a conocer, a comerciar incluso con nosotros. Los problemas de los contactos con los alienígenas pasaron a ser, de militares, a sociales.*

*Pero el hombre también va, en la ciencia ficción, a otros planetas. Curiosamente, la mayoría de los relatos de contactos con alienígenas que se desarrollan en los mundos de estos siguen, con bastante fidelidad, las pautas que marcaran los españoles en su conquista de América. El ansia de dominio, de asimilación, de conquista, quedan claramente reflejados en gran número de relatos que abordan el tema. El terrestre, en general, es superior al extraterrestre con el que contacta, acude a su planeta como maestro. Aunque a veces también salga trasquilado. La idea mantenida durante mucho tiempo de que si los alienígenas fueran superiores a nosotros ya los tendríamos aquí (el asunto de los OVNIS es dejado discretamente aparte) parece campear por estos relatos. Nosotros llegamos, vemos, y vencemos (a veces). Los alienígenas son indios cósmicos a los que hay que educar según nuestras costumbres y creencias, y darles abalorios a cambio de sus tesoros.*

*Claro que a veces surgen las sorpresas...*

*Este es el elemento más interesante en muchos de los relatos de contactos con alienígenas. La mera aventura no basta. Así, existe muchas veces un trasfondo social, político, militar, que es el que origina el conflicto. Muchas veces, en las diferencias entre humanos y alienígenas, hay una clara alusión, una crítica, a nuestro propio egocentrismo, a nuestro antropomorfismo. No somos los únicos, no somos los primeros, no somos los reyes.*

*Porque sobre todas sus demás características, los relatos de encuentros con alienígenas nos plantean un mensaje común que el hombre deberá asimilar necesariamente si prosigue su carrera por el espacio: cuidado, nos advierten, no estamos solos en el universo, y es muy probable que no seamos en absoluto los reyes de la creación, aunque lo demos unilateralmente por sentado. Vivimos en el arrabal de una pequeña galaxia perdida en un rincón entre otras muchas galaxias. ¿Qué nos hace suponer que este sea precisamente el centro de todo el cosmos?*

*La ciencia ficción, en sus innumerables relatos de contactos con alienígenas, nos hace darnos una idea clara de cuál es nuestro auténtico lugar. Nos prepara para futuros acontecimientos. Nos predispone a aceptar que podemos ser simplemente una más de las infinitas razas que pueblan la creación, ni peor ni mejor que ellas, quizá tan solo*

diferentes. Y que, en estos nuestros futuros contactos, no siempre vamos a salir ganando. Aunque, evidentemente, eso es lo que desearíamos...

Domingo Santos

## EL ASUNTO DE JARNOS

Ian wright

*Lionel Percy Wright, que durante muchos años trabajó en los ferrocarriles ingleses, fue uno de los pilares de las famosas antologías de John Carnell New Writings, que recogía lo mejor de la ciencia ficción que se escribía en Inglaterra. Escritor de corte y temática evidentemente clásicos, el tema de los contactos con otros seres no podía quedar al margen de su producción. Contactos que pueden revestir muchas formas: guerra, cooperación, espionaje, xenofobia, intercambios culturales, pero que siempre tienen una característica común: una de las dos razas que entran en contacto se halla en desventaja, por algún motivo, con respecto a la otra. En este cuento, la desventaja la sufren los terrestres, y es... Pero será mejor que la descubran leyendo directamente el relato.*

—¿Qué es lo que sabe usted sobre Jarnos? —preguntó Hendrix.

Johnny Dawson consideró la pregunta y el ángulo del enorme y negro cigarro en la boca de Hendrix durante varios largos segundos. Finalmente, dijo:

—Nada, jefe.

El cigarro descendió cuando Hendrix frunció ligeramente el ceño.

—Eso es lo que me gusta de usted, Dawson. Es usted tan honesto, tan sincero... tan ignorante.

—Oh, yo no diría eso —Dawson sonrió con cándida modestia y esperó a que Hendrix elucidara la cuestión.

—Bien, yo sí. Jarnos es donde va a ir usted, y no sería una mala idea el que un agente de la Comisión Espacio supiera algo sobre el planeta que ha de visitar. También le pagamos por eso.

—Creo que tiene usted algo de razón —admitió Dawson.

—Y deje de estar de acuerdo conmigo —gruñó Hendrix—. Este problema...

—¿Qué problema?

El cigarro descendió unos pocos grados más, y las negras cejas se agitaron ligeramente sobre los taladrantes ojos negros.

—Johnny —dijo Hendrix pacientemente—, ayer tuve un día muy duro, y he trabajado hasta muy tarde la pasada noche, y me he levantado temprano esta mañana, y no me gustan las preguntas estúpidas de alguien que debería tener un poco más de juicio —el todo de su voz aumentó en forma constante a través del monólogo, y después de una pausa descendió a un susurro amenazador cuando Hendrix dijo—: El problema de Jarnos.

—¡Oh! —dijo Dawson, y decidió que no era este el momento de continuar preguntando sobre el tema.

—Jarnos es un mundo en el borde de la galaxia —explicó Hendrix—, y fue descubierto por una de nuestras naves exploradoras hace tres años.

—No me extraña que nunca haya oído hablar de él —interpuso Dawson.

—Cállese —el color de la cara de Hendrix tomó un tono rojizo—. Antes de que se vaya puede obtener todos los detalles que quiera de los archivos de la Comisión. Solo le estoy

dando unas referencias breves. El planeta posee una raza humanoide que respira oxígeno, la cual ha desarrollado una sociedad feudal preatómica. Tenemos allí una nave exploradora que está efectuando la investigación, preliminar usual de cinco años. Después de descubrirlo, la Comisión ha conseguido un acuerdo del Consejo Central Galáctico que sitúa a Jarnos dentro de nuestra esfera de control económico. Podemos ayudar a los jarnosianos a mejorar la estructura de su civilización...

—A cambio de una bonita y pingüe concesión sobre el comercio y minerales —añadió Dawson.

—...después de haber, terminado la investigación de cinco años —dijo Hendrix, tornándose ligeramente purpúreo—. Durante este período seremos los responsables de esa gente. Podríamos decir que somos los guardianes de su futuro, ayudándolos a lo largo del camino hacia una vida mejor. —Podríamos decir eso —convino Dawson inocentemente.

—No se haga el listo conmigo —espetó Hendrix—. Jarnos es su pichón, Dawson, y queremos acción... rápida. Hay una nave de avanzada dispuesta para partir a medianoche, y le proveeremos de grabaciones hipno para el idioma y un archivo completo sobre la información actual y datos sobre el planeta. No será mucho, pero le dará una base que completará el equipo de investigación cuando llegue allí.—Se levantó de detrás de su mesa y agitó una mano en un gesto de vaga despedida—. Es todo suyo, Johnny, y sé que hará usted un buen trabajo.

Dawson se incorporó lentamente.

—Hay un pequeño punto por aclarar, jefe —dijo, dirigiendo una mirada interrogadora a su superior—. ¿Para qué voy allí?

El cigarro se agitó furiosamente cuando Hendrix se inclinó sobre su mesa.

—Si supiéramos cuál es el problema, Dawson —gruñó—, no sería necesario que enviáramos a uno de nuestros mejores agentes a través de la mitad de la Galaxia para averiguarlo. El jefe del grupo de exploración informó que él creía que este era el mejor curso de acción a tomar, sea lo que fuere, mientras fuera lo suficiente quieto para evitar ampliar las complicaciones. Oh, sí. Su nombre es Paul Kodally, y su pequeño problema es para usted. Y ahora, lárguese de aquí, y no haga ninguna más de esas malditas y estúpidas preguntas.

Dawson contempló con mal humor al rojo disco del planeta debajo suyo. A través de la mirilla de observación de la nave de mando no era una vista nada atractiva. La mayoría de los mundos que había visto desde una posición semejante tenían algo recomendable, a pesar de que cada uno era, inconscientemente, comparado con la Tierra.

Jarnos no tenía nada.

Era una enorme y podrida ciruela, con una atmósfera de diabólicas miasmas que Dawson encontró difícil de creer que pudiera ser respirada por los Terrestres. Ciertamente, su inhalación era cualquier cosa menos agradable, pero un terrestre podía vivir durante meses, o incluso años, sobre Jarnos sin sufrir ningún daño permanente... siempre que su sentido del olfato estuviera estropeado.

Dawson frunció el ceño y se pasó una mano a través de su corto y rubio cabello en un gesto de irritación. Al igual que la mayoría de los trabajos que había efectuado para la Comisión, este olía a podrido y, además, tenía el atractivo —si esa era la palabra correcta— de ser tan hediondo que el jefe del grupo de exploración creía que era necesario mantener el asunto en secreto incluso para sus superiores en la Tierra. Y solo ese punto le producía a Dawson una desagradable comezón psíquica.

La puerta de la cabina se deslizó, abriéndose, y rompió el encadenamiento de sus ideas. Suspiró y se giró para saludar al visitante.

—¿El señor Dawson? Lamento no haber podido saludarlo a su llegada. —El hombre quedaba una cabeza por debajo del metro ochenta de Dawson; era delgado, con cabellos

negros, y un anticuado y poblado bigote que Dawson consideró como un esfuerzo para impartir algo de personalidad a este ser incoloro en todos sus aspectos. Atravesó la cabina con rápidos y precisos pasos, y su apretón de manos fue firme y ansioso, como si Dawson fuera la sola y única persona que hubiera deseado encontrar durante toda su vida.

Dawson sonrió.

—No tiene importancia. ¿Usted debe ser...?

—Kodally. Paul Kodally. Siéntese, por favor.

Dawson se sentó en la silla ofrecida y se preguntó como era posible que un hombre con tan obvia falta de presencia como Kodally hubiera llegado a ser el jefe de un equipo de investigación tan grande como el que estaba aquí, en Jarnos.

Kodally se aposentó con inquietud tras su mesa, juntó con precisión las puntas de sus dedos y preguntó:

—¿Qué es lo que sabe respecto a este asunto, señor Dawson?

Dawson se alzó de hombros.

—Exactamente nada. Oh, he tenido un curso hipno del idioma local en mi camino desde la Tierra, y he conseguido un gráfico esquemático de la estructura etnológica... nada completo, como puede comprender.

Kodally asintió y estuvo silencioso por un momento, tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Lo primero —dijo después de un largo minuto—, es que estamos en el segundo año de nuestra investigación preliminar de cinco años. Tenemos una comisión del Consejo Central Galáctico bajo los usuales términos y condiciones. No debe haber explotación de la raza o razas nativas durante la investigación, y tampoco debe suministrárseles ninguna información o conocimiento que esté más allá de la producción de su propia tecnología.

Dawson se agitó irritado y asintió.

—Seguro, ya sé las normas. ¿Es ahí donde está su problema?

—Es usted rápido en ver nuestras dificultades —Kodally asintió con aprobación.

—No veo nada —replicó Dawson contrariado—. Todo lo que he hecho ha sido suponer que el problema debe estar situado en el ámbito de las dos leyes que usted ha citado... sino no habría ninguna razón para mencionarlas.

—Ah, sí. Desde luego —Dawson se dio cuenta del primer signo de una grieta en la compostura de Kodally, y confirmó que su primera impresión de un hombre que necesitaba desesperadamente de afectaciones para afianzar su confianza en sí mismo no estaba lejos de la verdad.

—Nuestro problema concierne a la segunda de las leyes que he citado —continuó Kodally—. El suministrar a los jarnosianos información y conocimientos que son, para utilizar una palabra, contrabando. Dawson se quedó quieto y dirigió la información. Esta era la más seria de las dos leyes citadas originalmente por Kodally. La explotación podía ser detenida y los responsables castigados sin que se hubiera originado un gran daño. Pero los conocimientos, una vez distribuidos, no podían ser retirados. En las manos de una raza con potencial ignorado, los conocimientos podían incendiar a la Galaxia con una llama que sería difícil de extinguir. Cuatro siglos antes, había quedado escrita en la historia una advertencia para el futuro cuando un buscador de fortuna había traficado, ofreciendo conocimientos atómicos a cambio de una fortuna personal, con una nueva raza descubierta de técnicos salvajes. La explosión resultante había costado millones en vidas y esfuerzos para reducirla, y había sido la causa directa y la razón para introducir leyes que previnieran cualquier otro incidente. El castigo era necesariamente atroz para aquellos que las rompían, fueran individuos o razas.

—No necesito recordarle el incidente de Rhan—señaló Kodally.

—Justamente lo estaba recordando—replicó Dawson—. ¿Cree que esto pueda ser

algo parecido?

—Espero que no —Kodally se estremeció—, pero no puedo evitar el tener mis temores. Déjeme que le cuente toda la historia. Esta nave de mando se estableció en órbita hace unos dieciocho meses terrestres. El trabajo preliminar ya había sido efectuado por la tripulación del navío de exploración que descubrió Jarnos. Los nativos ya estaban dispuestos para recibirnos sin ningún miedo, y habíamos hipnograbado sus costumbres, tabús, idioma y todo lo demás. Es decir, que todo marchaba perfectamente.

—Ya conozco la rutina —interpuso Dawson hastiado—. Vayamos al problema.

—¿Eh? Oh, sí. Todo funcionó correctamente durante un año. Los nativos eran amistosos, ansiosos de ayudarnos en nuestro trabajo, ansiosos de poner en práctica un pequeño inicio de esquema comercial. No había ningún problema.

—Ahí —intercaló Dawson— es donde la cosa empieza a oler mal.

Kodally sonrió débilmente y admitió que la cosa era poco normal. Aún así, él y el resto de su equipo habían agradecido a las estrellas su suerte y observado con placentera se presa que el desarrollo de la investigación adelantaba incluso al más optimista de sus programas.

Y entonces empezó el problema.

—Hace seis meses —dijo Kodally—, una de nuestras naves de exploración efectuó un viaje imprevisto, desde el navío de mando al planeta, y un miembro de la dotación se dedicó a efectuar una comprobación de rutina en el equipo de detección de la embarcación. Su línea de vuelo la llevó alrededor de la curva planetaria con rumbo al hemisferio opuesto a la posición de la nave de mando.

—¿Y?

—Mientras descendía, dirigiéndose a la superficie, los instrumentos detectaron el rastro de un navío atómico desplazándose a través de la atmósfera superior a unos seis mil kilómetros por hora. —Kodally se apoyó contra el respaldo de la silla y le miró con desolación—. Esta gente se halla en los primeros estadios de los descubrimientos atómicos, ni siquiera tienen una estación atómica rudimentaria. Las aeronaves que poseen funcionan con motores de combustible líquido del más primitivo diseño. Y de pronto, de la nada, desarrollan una buena copia de una de nuestras naves de exploración de seis plazas. No, señor Dawson —Kodally sacudió la cabeza—, yo no creo en milagros.

—¿Qué es lo que hicieron?

—Afortunadamente, la dotación de la nave de exploración tuvo el buen sentido de no hacer nada. Giraron en redondo e informaron a la nave de mando. Pedimos a la Tierra un cargamento de instrumentos de detección de largo alcance y, mientras tanto, nos dedicamos a efectuar todas las observaciones que pudimos. En pocas semanas descubrimos un puñado de cosas que no tenían derecho a estar en Jarnos, incluyendo el costillaje de una gran nave propulsada atómicamente que casi podía ser un duplicado de una de nuestras naves de aprovisionamiento. Además, encontramos armas de mano, pantallas defensivas, detectores... oh, una lista completa de cosas que no debían de estar allí.

—¿Cree que alguien les está suministrando información?

—¿Cree que pueden hacer lo que están haciendo en solo tres años desde nuestro primer contacto con ellos? —preguntó Kodally—. Bien, he estado vigilando a mi propio equipo, a pesar de mis sentimientos de confianza, pero no he descubierto nada.

—¿Podría ser una interferencia exterior a fin de comprometer la postura de la Tierra?

—Es posible, pero no probable —admitió Kodally—. Desplegamos una buena dosis de prudencia y comprobación en los acercamientos a Jarnos, pero no hemos descubierto nada. No dijimos nada sobre el hecho de que sabíamos lo que estaba sucediendo, pero eso no fue suficiente por lo visto.

Dawson le dirigió una mirada inquisitiva.

—A las doce semanas de haber descubierto lo que estaba ocurriendo, desapareció

todo.

—¿Eh?

—Como suena. Antes de que recibiéramos los nuevos instrumentos de la Tierra para ayudarnos en nuestra investigación, todo había desaparecido de la vista y había sido escondido con rapidez considerable. Parece ser que los jarnosianos se dieron cuenta de que habíamos detectado lo que estaban haciendo y habían procedido precipitadamente pero en forma efectiva a ocultarlo todo.

—Alguien los avisó.

—Ese parece ser el caso.

—¿De modo que es probable que aún estén recibiendo información de contrabando?

—Es muy probable, ya que nosotros no hemos podido tomar ninguna medida para evitarlo.

—¿Ha tratado de sonsacarles algo?

—¿De qué serviría? —Kodally extendió las manos en un gesto de frustración—. Solo estaríamos admitiendo que nos hemos dado cuenta de la situación. Tal como están las cosas, no lo saben con seguridad...

—A menos que la persona o personas que están pasando el contrabando se hayan dado cuenta de todo el juego.

—Eso explicaría la súbita desaparición de todas las evidencias —convino Kodally. Puso las palmas de las manos sobre el escritorio y aspiró profundamente—. De todos modos, me alegro de decir que el problema es todo suyo ahora, señor Dawson. No necesito decirle cual sería el resultado si esto no fuera aclarado satisfactoriamente. Vamos a continuar nuestra investigación rutinaria, desde luego, y no tiene usted mas que pedir cualquier cosa que necesite. —Se levantó de la silla con el aspecto de un hombre que se ha descargado de un gran peso—. Y ahora, le mostraré a usted su alojamiento.

Dawson pasó los dos primeros días en la nave de mando, estudiando todos los informes y grabaciones y films referentes al planeta y sus habitantes en que pudo poner sus manos. La investigación etnológica situaba a los jarnosianos a la par con un hombre de principios del siglo veinte, lo cual era lo suficiente bárbarico como para avisar a cualquier investigador de que podía estar sentado sobre un barril de pólvora. En la parte sociológica, los jarnosianos tenían una sociedad feudal dividida en dos clases: trabajadores y señores. Todas las posiciones de poder eran hereditarias, y solamente en las últimas décadas había mejorado materialmente la posición de las secciones trabajadoras de la comunidad. La mayor parte del poder y la riqueza estaba en manos de un siete por ciento de la población.

Era un cuadro bastante normal, con solo pequeñas variaciones para diferenciar a Jarnos de cualquier otro entre el puñado de mundos que Dawson conocía.

Su comprobación siguiente, con la ayuda de Kodally, fue la hoja de servicios de cada una de las doscientas y pico de personas que componían la administración y tripulación de la nave de mando. Era algo incidental, lo sabía, ya que cada hombre y mujer en el complemento habían de tener un historial de habilidad e integridad fuera de toda duda. Dawson no se sorprendió de no encontrar nada fuera de lo habitual.

Después de cinco días de trabajo duro e insatisfactorio, no había avanzado nada en comparación desde el día de su llegada. El sexto día se sentó a desayunar y pensó ociosamente en cuales deberían ser sus próximos pasos. En todos sus trabajos previos para la comisión de Proyectos Espaciales y Exploración Colonial, Dawson había operado sobre las bases de llevar la lucha contra el enemigo tan lejos como fuera posible, lo cual estaba muy bien cuando uno sabía que había un enemigo, y aún era mejor cuando uno sabía quién era el enemigo. En lo que concernía a Jarnos, no había conseguido obtener ni siquiera una sola pista.

Kodally entró en la sala de rancho, lo saludó con temprana acidez mañanera Dawson gruñó una réplica y resumió su cavilante estudio de la superficie marrón de su taza de café.

—¿Y qué es lo que va a hacer hoy, Dawson? —preguntó Kodally con afectada cortesía.

—¿Uh? —Dawson lo miró y arrugó la frente—. Oh, no lo sé...

—De lo cual asumo que el problema es aún un problema —Kodally sorbió ruidosamente su propia taza—. Bien, me temo que tengo todo el día ocupado. Si quiere alguna ayuda será mejor que llame a Hennessey.

—Sí, seguro —dijo Dawson abstraídamente. Esta posibilidad no lo alegraba, porque Hennessey, el asistente de Kodally, era la clase de gigante amistoso que llegaba a ocupar altos cargos a pesar de su falta de cualificaciones técnicas. Hennessey le gustaba a todo el mundo y todo el mundo le gustaba a Hennessey, a pesar del hecho de que era el mejor ejemplo viviente de como progresar sin trabajar.

—Debo llevar a un grupo de señores jarnosianos en visita por la nave —continuó Kodally pomposamente—. Organizamos estas visitas a cortos intervalos a fin de promocionar la amistad, y esto asegura el que nuestras propias visitas a la superficie del planeta queden situadas en una base recíproca.

—Está bien —dijo Dawson, ansioso de interrumpir el discurso—. Ya veré a Hennessey. Un momento... —Kodally se quedó con la cuchara llena de comida a medio camino de su boca mientras Dawson se inclinaba amistosamente en su dirección—. Esto me resuelve un problema. Yo iba a hacer un viaje al planeta para dar una mirada a los nativos, pero esto me ahorrará las dificultades. ¿Qué le parece si voy con usted y sus visitantes?

—Bueno... —Kodally parecía un tanto turbado.

—Oh, no se preocupe. No trataré de ser más importante que usted —dijo Dawson con dulzura.

—No era esa mi objeción —replicó Kodally agriamente—. Claro que puede acompañarnos. La nave que los ha de traer llegará sobre las once, y debo recibirlos en mi cabina a esa hora.

—Estupendo —Dawson sonrió y se levantó de la mesa—. Estaré allí antes de que lleguen.

Las siguientes horas las pasó en su propio camarote, y un poco antes de las once oyó como anunciaban la llegada de la nave por el intercom. Se dirigió en dirección a la oficina de Kodally, y el jefe de la expedición le saludó fríamente. Dawson se dio cuenta de que su fracaso de no haber dado aún una explicación milagrosa estaba produciendo sus efectos en los nervios de Kodally. El hombre sabía demasiado bien de que el fracaso en aclarar el asunto satisfactoriamente significaría el final de su carrera, una carrera que, sospechaba Dawson, había sido erigida cuidadosa y metódicamente bajo considerables esfuerzos y tensiones y bajo el adicional impedimento impuesto por una falta de personalidad. Kodally no tenía los necesarios atributos de fuerza física o espiritual como para haber forzado su camino hasta la cumbre sin una gran cantidad de trabajo duro y de esfuerzo mental. Ahora veía todo su futuro en la balanza... y solo Dawson podía hacer algo para evitar un desastre completo.

Dawson suspiró y deseó que todo el mundo fuera tan flemático y despreocupado como era él mismo. La vida sería mucho más simple.

Pasaron un par de minutos en un silencio que solo fue roto por el nervioso tamborileo del dedo índice de Kodally sobre la mesa. Dawson agradeció la llamada en la puerta de la cabina que rompió la creciente tensión de su humor, y entró Hennessey con su enorme sonrisa habitual, seguido por media docena de alienígenas ataviados suntuosamente.

Hennessey era un enorme y huesudo celta de corto cabello rojizo y una cara áspera y agrietada que tenía un indudable atractivo. Sus ojos eran azul pálido y tranquilos, y



contrastaba violentamente con los jarnosianos, que eran más cortos de talla y de una complexión delgada y tan agradable como sus vestidos.

Dawson parpadeó sorprendido. Había visto fotos de los jarnosianos y había leído descripciones de los mismos, pero la realidad sobrepasaba sus propias esperanzas. Físicamente, eran más atractivos que cualquiera de las razas que había visto, su piel rojiza contrastando agudamente con sus grandes y líquidos ojos marrones y con una corona de cabello profundamente negro que había sido peinada con asombrosa perfección. Por un momento se preguntó cuál sería su sexo, si es que tenían alguno. Su atavío consistía en una serie de túnicas multicolores, cada una más corta que la que había debajo, y todas ellas hechas de un material suave y ligero que añadía belleza a sus movimientos cuando caminaban. En cuanto al resto, tenían amplias bocas, de labios delgados rojo oscuros, y narices aguileñas de las que sobresalía el blanco plástico de los tubos de filtración. El aire terrestre parecía ser tan nauseabundo para ellos como su atmósfera lo era para los terrestres.

Kodally se irguió de su asiento y los saludó con unas frases, poco floreadas pero ritualistas, en el idioma jarnosiano, mientras Hennessey efectuaba las presentaciones de cada uno de ellos por turno. La conversación, naturalmente, se efectuaba en jarnosiano, y Dawson se alegró al comprobar que su hipno-curso había sido completo y bien programado para sus necesidades actuales.

La visita a la nave se efectuó lentamente, y Dawson se mantuvo en la retaguardia estudiando a los alienígenas tan minuciosamente como pudo. Demostraron un interés desbordante en todo y en cada cosa, tanto que la visita se transformó en un examen microscópico de cada objeto, desde las decoraciones de la pared y mobiliario hasta el sistema de circulación del aire y los equipos de energía. Dawson se dio cuenta muy pronto de que si tan solo la mitad de las preguntas que hacían eran contestadas correcta y verdaderamente, los jarnosianos tendrían la suficiente información equivalente a otra racha de contrabando de conocimientos. Pero pronto pudo comprobar de que Kodally y su gente se habían dado cuenta de la situación. Algunas de las preguntas eran contestadas completa y concisamente, pero la mayoría o eran evadidas cuidadosamente o explicadas con una voluble mezcla de verdades a medias e insensateces técnicas que produjeron una sonrisa en los labios de Dawson en más de una ocasión.

La tarde ya estaba avanzada cuando la visita terminó, después de casi cinco horas de caminar por los corredores, hurgar en las salas de máquinas, inspeccionar los sectores privados y en general comportándose como una partida de turistas terrestres en los cementerios marcianos.

Dawson se dejó caer en una silla de la oficina de Kodally después de haberse efectuado las despedidas y de que Hennessey hubiera conducido a los visitantes en dirección a la compuerta principal.

—¿Bien? —Kodally lo miró agotado y efectuó la pregunta en un tono que demostraba que no esperaba una respuesta de ninguna clase.

—No lo sé —Dawson sacudió su cabeza—. Una cosa es cierta: es el grupo de tipos más inquisitivos que nunca me haya encontrado. ¿Son siempre así?

—Sí. Les gusta hacer preguntas, incluso si las respuestas son sin sentido.

—¿Con qué frecuencia vienen grupos como ese?

—Oh, somos bombardeados con peticiones cada día —le dijo Kodally—. Si accediéramos a todas ellas deberíamos tener a toda la tripulación guiando a los visitantes durante todo el tiempo. Hemos de ser diplomáticos y contentarlos con un grupo cada siete u ocho días-nave —se reclinó en su silla y estiró su cuerpo—. Supongo que sería esperar demasiado el que la visita le haya dado alguna idea al respecto del problema que tenemos.

—Todos los conocimientos son útiles, Paul —Dawson sonrió—. En algún lugar habrá

una pequeña pieza con datos que encajará en su lugar y demostrará ser el «ábrete, sésamo», y una vez que eso ocurra... —se alzó de hombros.

—¿Y si eso no ocurre? Dawson se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, usted y yo, Paul, podremos empezar a buscar un trabajo como camareros de bar —dijo torvamente.

Durante la siguiente semana Dawson se dedicó a investigar en todas las direcciones posibles. Habló con la tripulación y los jefes de departamento, estudió la información sobre Jarnos y sus habitantes, y efectuó tres visitas independientes al planeta.

La principal base terrestre había sido establecida en el centro del mayor continente, y muy cercana a una de las más grandes ciudades jarnosianas. Su dotación consistía en una fuerza permanente de seis hombres de la nave de mando, los cuales estaban de servicio durante turnos semanales. En su primera visita se sorprendió al ver que había un gran parecido entre el estilo jarnosiano de los edificios y la arquitectura de la Tierra de principios del siglo veinte. La mayoría de los edificios estaban contruidos con ladrillos y bloques de piedra, y su diseño estaba claramente destinado a permitir el paso a un máximo de aire y de luz. Las calles eran amplias y rectas, y estaban repletas de vehículos antiguos y humeantes que funcionaban quemando combustible sólido de una clase u otra.

Lo que le impresionó más fue la diferencia existente entre los nobles suntuosamente ataviados y la mayoría de la gente vestida sobriamente, la población trabajadora. Dawson había oído sobre las sociedades de clases pero nunca había visto una que estuviera tan claramente definida y tan obvia como esta de Jarnos. Casi parecía como si en el planeta hubiera dos razas distintas. Su mente se dio cuenta de algo en su efímera visita, algo que era un hecho nebuloso o una sospecha pero que rehusaba coagularse en algo más sólido que un mero presentimiento. Era una vieja sensación, y no trató de forzarla. En su tercera visita estaba seguro de que la respuesta iba a ser encontrada y que ya no estaba muy lejos.

—Me gustaría tener su optimismo —gruñó Kodally cuando Dawson lo mencionó durante la cena, a su retorno del planeta.

—No es optimismo —le dijo Dawson bruscamente—. Es experiencia, Paul. Cuando uno ha estado en mi trabajo tanto tiempo como yo, uno llega a reconocer las cosas... oh, tal vez no en el acto, pero más pronto o más tarde la última pieza encaja y todo queda solucionado. De lo que estoy seguro, si esto le sirve de algún consuelo, es de que ninguna de su gente está envuelto en el lío.

—Dice usted demasiadas cosas que no significan nada —Kodally removió la comida que estaba frente a él.

—No se amargue usted, Paul —sonrió Dawson—. Hablar es una de las cosas que ayudan; la imagen crece durante todo el tiempo, una imagen que será completada un día, y ese día todo el asunto quedará aclarado.

—Narices —replicó Kodally rudamente—. Su próximo paso va a ser el contemplar en bolas de cristal.

—Tal vez —convino Dawson alegremente. Dejó caer su tenedor en el plato frente a él, y miró sin ver a la blanca extensión de la mesa. Kodally lo contempló y rió agudamente.

—Supongo que lo próximo que dirá es que el cuadro ya está completo —murmuró sarcásticamente.

—¿Hum? —Dawson levantó la vista al romperse su meditación, y sonrió ampliamente—. Oh, pues sí. Creo que puede decir eso —se lamió los labios como un gato ante un plato de nata—. Sí, Paul, creo que puede decir eso con bastante certeza. ¿Cuándo ha de llegar a bordo el próximo grupo de jarnosianos?

Kodally parpadeó sorprendido.

—De aquí a dos días. ¿Por qué?

—No importa. ¿Qué clase de personal médico tiene?

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

